

IGLESIA Y PERSONAS CON DISCAPACIDAD: LA CATEQUESIS EN LA COMUNIDAD ECLESIAL

Juan Ramón Jiménez Simón

SUMARIO:

En los últimos años, las experiencias catequéticas a personas con discapacidad han conducido a no muchas revisiones acerca de la implicación de la comunidad eclesial en la tarea de anunciar a Jesús desde la discapacidad. La familia, la escuela, la parroquia,... son espacios eclesiales que han estimulado una comprensión de la realidad de la discapacidad a lo largo de la historia, y del papel de la Iglesia en su autodefinición social. Este artículo nos proporciona un bagaje teórico práctico para comprender la discapacidad y sus potenciales contribuciones, desde la diversidad, a los espacios eclesiales.

SUMMARY:

In the past years, the catechismal experiences toward people with a disability have driven to not many revisions about the implication of the ecclesiastical community in the task of announcing themselves to Jesus from their disability. The family, the school, the parish, ... they are ecclesiastical spaces that have stimulated an understanding of the reality of the disabled throughout history, and of the role of the church in its social self-determination. This article provides us with a theoretical-practical background to understanding the disability and its potential contributions, from diversity, towards ecclesiastical spaces.

**I. Introducción:
desde el abandono y la exclusión hasta la diferencia como valor único en Dios**

Los papeles sociales de la discapacidad a través de la historia, especialmente en la de la Iglesia, han estado contaminados de estereotipos, de asignaciones esclavizantes y de tareas específicas que se han reducido, la mayoría de las veces, al ámbito de la marginación y de la asistencia caritativa. La lucha por el reconocimiento de la diferencia vendrá más tarde, cuando la sociedad reconoce a la misma como un valor tangible a tener en cuenta en las relaciones entre los individuos (Álvarez, 1990). Pero esa lucha por la conquista de la autodeterminación y de los apoyos en la discapacidad ha sido larga y aún, en la actualidad, inconclusa. La igualdad de derechos del movimiento asociativo de las personas con discapacidad no es aún una realidad palpable en aquellos sistemas sociales que defienden los valores evangélicos.

La consideración del llamado "minusválido" solamente como "persona" en muchos espacios sociales les llevó a olvidar sus atributos como persona. En la Iglesia, comunidad de creyentes en Jesús, la discapacidad era considerada como un obstáculo, una barrera (Resines, 1997), un motivo de exclusión en la participación de los valores propugnados por el Evangelio. Sin embargo, la evolución de las ideas, la transformación de las estructuras sociales, el acceso de las personas con discapacidad a los sacramentos de iniciación cristiana ponen en tela de juicio las tesis defendidas, a lo largo de la historia, por la caridad asistencial que caracteriza a la comunidad eclesial.

Ante la discapacidad, la cultura occidental, y junto a ella la Iglesia, ha adoptado generalmente una actitud hostil y casi siempre de marginalidad compasiva. El Evangelio, a través de la actitud de Jesús, consagra la igualdad de todas las personas, prohibiendo todo tipo de discriminación. Las actitudes y comportamientos hacia las personas con discapacidad van cambiando poco a poco en nuestra sociedad (Verdugo, 1995), en nuestra comunidad eclesial (Saraiva, 2003), aunque se aprecian ciertas reticencias que dificultan la existencia de una verdadera igualdad de oportunidades dentro de la Iglesia, sobre todo en cuanto a participación en la liturgia de la misma. A pesar de los esfuerzos de diferentes espacios eclesiales (Equipo de Atención a la Discapacidad del Secretariado de Catequesis del Arzobispado de Sevilla; Plan de Pastoral de los Hermanos de San Juan de Dios; etc.) aún se perciben muchas asignaturas pendientes: catequesis, participación litúrgica, dife-

rencia como valor en la Iglesia, compromiso, justicia social ante la discapacidad, etc.

Conceptualizar la discapacidad dentro de la comunidad eclesial es preguntarse por el compromiso de la familia, la escuela, la parroquia, (Yanes, 1999) ante la situación social de la persona con discapacidad, en un momento, donde se están experimentando grandes cambios, inseparables de la sociedad moderna occidental. Sin embargo, la historiografía ha silenciado el papel de la discapacidad en los discursos históricos tradicionales de la Iglesia. Se ha potenciado la visión asistencial de la realidad social (Ogbu, 1974), donde destacan las experiencias y vivencias de compasión excluyente como valor cristiano a seguir. De ahí que sea necesario, además de urgente, restituir la discapacidad al compromiso de la comunidad eclesial y devolver la misma a la discapacidad.

Con anterioridad, la persona con discapacidad era ignorada como sujeto de la Iglesia (Instituto Diocesano del Profesorado, 1992). No obstante, es necesario replantearse la atención a las personas con necesidades especiales desde un nuevo enfoque, desde la consideración de la diferencia como valor único en Dios, obviando la condición de compasión y exclusión asignadas a la discapacidad.

Jesús de Nazaret aparece entre nosotros con la fragilidad con que brota la vida. A pesar de la debilidad humana presente en nuestro mundo, Jesús sigue ejerciendo una fascinación sin límites. Una persona cercana y débil que rompe, en su relación con la gente, lógicas y organizaciones que nos alejan de las mayorías excluidas de nuestro mundo (Royo, 1963).

La contemplación de Jesús, en medio de la debilidad, en el anonimato de lo simple, en el olvido de lo irrelevante, en lo huidizo de lo puntual, nos ofrece hoy lo inédito de su inagotable novedad: un modelo de hombre que podemos acoger dentro de nosotros y ayudar a que nos crezca un compromiso por el otro (Comité para el Jubileo del Año 2000, 1997; Saraiva, 2003).

¿No es en la debilidad solidaria de su vida donde se revela de manera insuperable el amor del Dios-con-nosotros?. Él nos manifiesta la

2. Jesús de Nazaret y la debilidad humana: un proyecto de amor

debilidad, de *"un Mesías que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios más fuerte que los hombres"* (I Cor 1,25). El vacío, la oquedad de la exclusión, puede ser la cueva donde Jesús nace hoy de múltiples maneras.

En medio de una situación social determinada de exclusión nace Jesús (Royo, 1963). Y por esa pequeña puerta desvencijada de la historia entra la liberación plena. También hoy, no sólo hay oprimidos que son mal pagados por su trabajo, sino excluidos, gente que no cuenta ni para trabajar, pueblo innumerable que arriesga su vida en la emigración clandestina o que busca un espacio contra las leyes y las estadísticas, desaparecidos en las fronteras de lo "legal", en las travesías inciertas de mares o selvas o en los cimientos de las tareas turbias de las grandes fortunas repentinas (Secretariado Nacional de Catequesis, 1995).

Son los excluidos en número creciente, los que sobran, los "ilegales", los que no interesan ni como mano de obra barata. Lo políticamente correcto sería eliminarlos, "es una operación de limpieza", una necesidad de higiene social, de estética urbana, porque constituyen un lastre del que hay que librarse para que hacer posible que despegue el "progreso".

La debilidad de Jesús cambia la vida de esos hombres que viven al margen del sistema social (Comité para el Jubileo del año 2000, 1997). Sus vidas se llenan de novedad. Ellos son los escogidos para anunciar el nacimiento de Dios en Jesús. Y al sentir pasar por su persona la buena noticia, ellos mismos se transforman. Ellos mismos son ya buena noticia. La debilidad de Dios se hace fuerte en los excluidos, y en éstos se extiende el compromiso de Jesús por los demás (Royo, 1963).

Reconocer los signos de Dios en cada persona, acogerlos, dejarse asombrar y contar lo sucedido a los demás, es darle un "brazo" a Dios para que actúe en las personas (Saraiva, 2003). Desde la debilidad de Dios, que es pura propuesta en el respeto máximo de nuestras libertades, entra en nosotros la actitud de Jesús, que inevitablemente nos hace nuevos, audaces y fuertes para que su ejemplo nazca de nosotros y sea nuestra.

Jesús, con su vida, nos enseña a aprender a mirar la debilidad humana, de cualquier signo que sea (económico, psicológico, moral...),

como como palabra de Dios que nos convoca para la comunión y el compromiso con El. Por eso mismo, salir al encuentro de las necesidades humanas es camino que nos lleva a Dios.

2.1. La persona como valor: la dis-capacidad

2.1.1. La discapacidad psíquica

En este apartado describiremos algunas de las características significativas de las personas con discapacidad psíquica en las distintas áreas de desarrollo, con el objetivo de poder detectar las necesidades que van a presentar cuando se produzca la interacción con la comunidad eclesial.

Las características generales en cuanto a los procesos cognitivos, y de aprendizaje, de las personas con discapacidad psíquica son: dificultades de atención, dificultades de percepción y discriminación de aspectos relevantes, dificultades de simbolización y de abstracción, dificultades para aprender y planificar y dificultades para generalizar los aprendizajes.

En cuanto al área motora, suelen presentar cierto retraso en las destrezas motoras, pudiendo llegar a ser de dos o cuatro años con respecto a su edad cronológica, y aumenta lentamente a medida que crecen. Entre las dificultades motoras, las más frecuentes son: inestabilidad en equilibrio, insuficiencia en la locomoción y dificultades en las conductas motrices.

En relación con el área psicomotora, la discapacidad psíquica conlleva una necesidad que afecta de forma esencial al conocimiento de sí mismo, y del sujeto con respecto a los demás: coordinación dinámica general, esquema corporal, orientación espacio-temporal, etc.

Cuando se atiende a una persona con discapacidad psíquica se tiene que observar aspectos relacionados con la identidad personal y social, la autonomía personal, la autoimagen, el autoconcepto y la interacción con el entorno. Siguiendo a Verdugo (1995) podemos decir que la personalidad de los sujetos con discapacidad psíquica presenta algunas de las siguientes características: su autoconcepto oscilan entre la baja con-

sideración de sí mismo/a y la sobreestimación de las capacidades, mayor nivel de ansiedad en general, escasa capacidad de autocontrol, tendencia a evitar el fracaso, y posibilidad de existencia de trastornos conductuales y/o de la personalidad.

En cuanto al área social, en la línea de Verdugo (1995), cuando hablamos de un marco de relaciones amplio, dentro de un contexto social plural, podemos decir que las personas con discapacidad psíquica presentan diferencias evolutivas con respecto a los demás en algunas áreas como por ejemplo en el juego (los niños), en el ocio (los adultos) y en el rol sexual. Sin embargo, dentro del propio sistema social de las personas con discapacidad psíquica, estas pueden establecer relaciones sociales (salvo casos más graves), se interrelacionan con los demás y establecen relaciones de amistad.

Como consecuencia de las características de las personas con discapacidad psíquica en las distintas áreas de desarrollo y de la interacción con el medio social (recordemos que uno de los ámbitos sociales es la comunidad parroquial), van a surgir una serie de necesidades a tener en cuenta (estos aspectos varían de una persona a otra en función del grado de discapacidad y del contexto sociofamiliar y educativo en que se desarrollen).

Siguiendo el nivel de desarrollo cognitivo (Verdugo, 1995) destacamos la necesidad de crear espacios de atención al catequizando, la necesidad de hacer claros y sencillos los contenidos a aprender, la necesidad de estimular los procesos de retención de la información, la necesidad de estimular el pensamiento creativo y flexible, la necesidad de generalizar lo concreto, la necesidad de partir de la experiencia cotidiana como área de aprendizaje significativo y la necesidad de un programa catequético, en línea con la comunidad parroquial y abierta a todos, secuencializado y estructurado, analizando los objetivos y contenidos catequéticos, así como las estrategias metodológicas y los recursos que favorezcan los aprendizajes desde la diversidad

En cuanto al nivel de desarrollo psicomotor, se demanda la necesidad de coordinación dinámica general (control postural, equilibrio estático y dinámico, etc.), la necesidad de desarrollo de conductas y destrezas motrices y de coordinación, la necesidad de enriquecimiento del esquema corporal y la necesidad de conocer el mundo en que

vive y de interiorizar los esquemas espacio-temporales de orientación respecto al mismo.

Atendiendo al nivel de desarrollo de la comunicación y del lenguaje, se especifica la necesidad de estimular conductas comunicativas en general, la necesidad de estimular conductas comunicativas codificadas y/o simbólicas y la necesidad de estimular conductas comunicativas orales, así como praxias bucofonoarticulatorias, vocalización, incremento del vocabulario básico, coordinación morfosintáctica, respiración y producción fonológica.

Si miramos el nivel de desarrollo socio-afectivo, se manifiesta la necesidad de enriquecer su autonomía personal, la necesidad de crear espacios de identidad y autoestima personal, la necesidad de proporcionarle un ambiente cálido y afectivo, pero claro en cuanto a comportamientos normativos y la necesidad de conseguir estabilidad personal.

2.1.2. La discapacidad sensorial (sordera y ceguera)

A menudo la sordera se considera un fenómeno único; en consecuencia, las personas con sordera son vistas como un colectivo unificado que comparte unas mismas necesidades. Desde el punto de vista médico, es común trabajar con una clasificación de la sordera que diferencia las patologías atribuibles a un trastorno del oído interno de las patologías atribuibles a un trastorno del oído externo/medio; por lo tanto, a la intervención médica, le interesa más el origen, grado y tipo de pérdida, su aparición y la patología estructural de la sordera, que la discapacidad comunicativa y las implicaciones que pueda tener para el paciente (fundamentalmente: dependencia, rechazo de un comportamiento auditivo anormal, baja autoestima y ruptura de las relaciones sociales). Sostenemos que la pérdida auditiva es un fenómeno complejo que tiene muchas y serias consecuencias para las personas, conllevando un gran número de factores y cuestiones que deberían examinarse cuidadosamente. La consecuencia inmediata de la sordera es una interrupción de la comunicación por la que la función comunicativa ha de ser iniciada o restaurada; en este sentido, las estrategias de

atención social deberían centrarse en primer lugar en la eliminación de las barreras de comunicación.

Históricamente, la sociedad ha relegado a las personas con sordera a categorías sociales tales como "salvajes" o "marginados". La historia de opresión y exclusión de la persona sorda - aunque con importantes variantes dependiendo del país - y la ignorancia y el rechazo del medio de comunicación natural y preferido por muchos de ellos, es un fenómeno bien conocido y denunciado en numerosas ocasiones.

Sin embargo las personas sordas son excluidas más a causa de las transacciones con el mundo oyente, que a causa de la patología de su trastorno auditivo. Desgraciadamente, la imagen social de la sordera sigue marcada en nuestros días en demasiados contextos sociales no sólo por un estigma patológico profundamente enraizado, sino también por estereotipos negativos y actitudes llenas de prejuicios hacia los sordos -atribuibles fundamentalmente a un profundo desconocimiento por parte de la sociedad, de los mecanismos de comunicación y de cómo funcionan estos conjuntamente con la cultura -, que han influido desfavorablemente en la atención a las necesidades de los sordos.

Pese a que ser sordo tiene muchas implicaciones, poco se sabe acerca de ellas; probablemente la sordera congénita ha sido la más estudiada -y durante mucho tiempo-, a causa de las serias consecuencias que la privación temprana de audición tiene sobre el desarrollo intelectual, conductual, cognitivo, psicológico y social del niño. Dentro de este grupo, hay que establecer una distinción entre: a) niños sordos, nacidos de padres sordos, que adquieren la lengua de signos como primera lengua; b) niños sordos nacidos de padres oyentes que ignoran la existencia de la lengua de signos o la rechazan; y c) niños sordos pertenecientes a familias donde hay otro miembro sordo.

Las consecuencias de la sordera congénita no difieren de aquellas derivadas de la sordera adquirida en los casos de personas que nacen con audición normal y la pierden en la primera infancia, antes de entrar en contacto con cualquier lengua oral; sin embargo sí que difieren de las consecuencias que resultan de una sordera adquirida, cuando la pérdida auditiva se produce en una fase de la infancia más tardía.

En el caso de la sordera de aparición temprana, la privación temprana del lenguaje tiene un efecto directo en cómo el niño adquiere el

conocimiento social; esto es, si el conocimiento social se halla ligado de manera natural a la lengua y al significado social ¿cómo puede un niño sordo sin una lengua construir su mundo? Baja autoestima, aislamiento social del niño y angustia y ansiedad de los padres son algunas de las consecuencias de una barrera comunicativa en la infancia. En este contexto, las personas sordas tienden a tener escasa formación, empleos de bajo status y bajos ingresos. El rechazo social y la alienación de la comunidad oyente mayoritaria refuerzan su visión de sí mismos como grupo cultural y lingüístico minoritario.

Sin embargo, quienes son "culturalmente" sordos no se consideran a sí mismos como "discapacitados" o "minusválidos", sino como miembros de un colectivo propio (Yanes, 1999); la pertenencia a este debe labrársela uno mismo y ser sordo o tener cierto grado de pérdida auditiva no es el único criterio para una potencial inclusión: una lengua común, experiencias compartidas, la participación social y un sentido de identidad cultural (Yanes, 1999) son otros tantos criterios reconocidos; es más, en muchos casos, la pertenencia al contexto relacional de los sordos sirve de estímulo, enfatizando asimismo la importancia de utilizar métodos de educación bilingüe con los niños sordos.

La sordera adquirida en la edad adulta es de naturaleza diferente: cuando el lenguaje ya se ha aprendido y está en uso, se rompe la comunicación; las personas entonces se muestran reacias a cambiar o a adaptar su medio de comunicación habitual y encuentran extremadamente duro adaptarse a la nueva situación. Los cambios producidos tras su pérdida auditiva les parecen un obstáculo insalvable al que enfrentarse por sí solos. Vergüenza, pérdida de confianza en uno mismo, ira y resentimiento son algunos de los sentimientos más comunes a los que tienen que enfrentarse cada día; huyen de los grupos ruidosos y los desconocidos y manifiestan una preferencia creciente por permanecer solos en casa en vez de salir, lo que en muchos casos conduce a la inactividad, la depresión y el aislamiento. Surge un rechazo persistente de la nueva situación a la que se considera como algo ilegítimo, de lo que avergonzarse o que hay que ocultar; de ahí viene en gran parte el disgusto o el rechazo a las prótesis auditivas.

En este sentido, la sordera implica diversidad y la diversidad en

relación con una discapacidad auditiva necesita ser reconocida, comprendida y, lo que es más importante, respetada.

Resulta paradójico, si no altamente reprochable, que en nuestros días todavía exista una enorme brecha entre la legislación y sus recomendaciones a favor de la igualdad de oportunidades para personas con discapacidad auditiva por una parte (la Resolución del Parlamento Europeo sobre las Lenguas de Signos, 1988; las Normas Uniformes sobre la Igualdad de Oportunidades de las Personas con Discapacidad de la ONU, 1993; la Comunicación de la Comisión de la Unión Europea, 1996, entre otras) y por otra parte, los signos de incipiente atención prestada a la sordera que aparecen en muchos países.

El primer paso a la hora de proporcionar atención social de calidad a las personas sordas es conocer, comprender (Ruiz y Villalobos, 1994) y tener en cuenta los aspectos culturales, lingüísticos, sociológicos, psicológicos, educativos y protésicos de la discapacidad auditiva. Las personas que atienden a las personas sordas deben ser conscientes de lo que implica ser sordo y los obstáculos que deben salvar las mismas para ser capaces de utilizar sus conocimientos a la hora de aconsejar, asesorar y defender sus intereses. Pero al mismo tiempo, las personas sordas deben ser conscientes y estar bien informadas acerca de lo que deben esperar y exigir del sistema asistencial sanitario, de esta forma podrán utilizar con sensatez esos servicios y tomar decisiones justificadas acerca de la forma en que quieren vivir sus vidas.

En cuanto a la ceguera, para muchos niños, la visión es el canal por el cual la mayoría de los aprendizajes ocurren. La visión integra información derivada de otros sentidos, identifica la fuente sonora, texturas, sabores, y olores, y permite a los más jóvenes construir conceptos con objetos que existían solo como serie de sensaciones flotantes. Imagine, por ejemplo, crear una imagen clara de un juego de te de los niños en ausencia de visión.

La visión es un eje central, típicamente también en el desarrollo del lenguaje y en un estado temprano el niño señala lo que le interesa, primero con sus ojos y con un dedo estirado y es recompensado con un nombre verbal. Entonces el ver las cosas hace estimular el lenguaje expresivo; es excitante notificar un gato que salta sobre la mesa o a mamá entrando por la puerta de frente y esto hace expresarse con vocalizaciones o habla.

Para la mayoría de los niños, el contacto visual es un importante estado de la socialización- inicialmente muestra y mantiene la atención de sus pares. En un estado más tardío, la visión se usa para seguir una conversación, para leer pensamientos no hablados convertidos en gestos, posturas y expresiones faciales. Una recompensa de compartir experiencias y pensar en esta habilidad de apreciar el punto de vista de otros, normalmente también se involucra en la visión: un niño puede ver a otro, ver algo y van y miran ellos mismos, imaginando como él o ella perciben los mismos eventos.

La visión juega un rol fundamental en el desarrollo del juego simbólico. Para muchos niños el juego de "imagínate" depende fuertemente de la relación intuitiva de algunas cosas se ven como otras y pueden por eso ser usadas para representarlas. Entonces muchos juguetes se basan en modelos como carros, trenes, o animales miniatura, personas o casas. La representación es un paso adelante en fotos o dibujos y eventualmente en lo abstracto de letras y números.

Por esta razón en muchas circunstancias, la visión es un elemento indispensable en la lectoescritura, no solo en la necesidad de ver que hay en la página, sino también en la cuenta que la parte visual que juega la visión en la evolución del proceso cognitivo que imita la representación simbólica y la pre-lectoescritura. Dar esta observación no es aplicable a cualquier niño ciego de nacimiento.

La habilidad del cerebro humano no solo para sobrevivir sino prosperar en un mundo privado de estos significados, es digno de admiración. Un grupo de niños pequeños que encuentran aspectos particulares de aprendizaje, el Braille por ejemplo, lo asimila idiosincrásicamente con mucha facilidad, usándolo como un medio con una fácil fluidez. El dominio del Braille descansa sobre la adquisición de una variedad de sub-habilidades físicas, como intelectuales.

Para analizar las necesidades derivadas de la ceguera, permítanos considerar la comunicación temprana en el sentido más amplio. Ocurre que uno de los dominios sensoriales, comúnmente involucran vocalizando, hablando, oyendo, mirando, moviéndose y experimentando a través del tacto. La comunicación expresiva temprana, tiene por lo menos 4 fases distinguibles de desarrollo. Inicialmente por ejemplo los más jóvenes lloran como respuesta a una incomodidad fisi-

ca, una expresión de necesidad que es de manera inconsciente transmitida a quienes lo cuidan. Esto es algunas veces tomado como comunicación no intencional. Gradualmente, la familia y/o el educador puede caer en la cuenta del llanto, otras vocalizaciones y expresiones particulares o gestos tienen efecto en los demás. Aquí está el niño en un estado intencional.

Siguiendo esto viene una apreciación creciendo de la comunicación simbólica- se dan cuenta que una cosa puede soportarse en otra. Por ejemplo el aplaudir con las palmas puede ser constantemente usado para querer decir "sí" o un sonido distintivo puede significar "carro". Finalmente estos signos personales o manifestaciones pueden ser estandarizadas en forma de habla convencional o signos, o puede conducir a pre-lectoescritura en tinta, Braille o Moon (un sistema alternativo de lectura táctil). Aquí la comunicación es formal.

Cuando un bebé nace con alguna necesidad especial la mayoría de las veces sus padres no lo saben al principio y sin embargo el bebé está en casa viviendo sus propias experiencias que serán base de su desarrollo integral aunque de una manera más lenta y diferente. Si no oye, utilizará la vista mayormente y podrá responder ante lo que está a su alcance visual, la cara alegre de mamá tendrá mucho significado más no lo que le dice; se podrá asustar si le hablamos sin que nos vea pues no tuvo la anticipación, sus músculos del cuello se reforzarán menos al no moverlo para buscar la fuente del sonido y seguramente será un bebé aislado donde el adulto comienza a estimular menos pues no hay ese "rico" intercambio. Si es ciego o de baja visión suceden cosas diferentes que hacen al niño inseguro, se mueve hacia lo que oye más no a lo que no ve, si se cae o tropieza se asusta y le da miedo volverlo a hacer, no siempre lo que ve es claro para entender su significado.

Ahora bien, ¿qué pasa cuando ese niño no ve ni oye?. La educación de la persona sordociega tiene muy pocos años en nuestros países, alrededor de una década. Es común que estén equivocadamente ubicados como personas con severos trastornos del aprendizaje, autistas u otros. ¿Cuáles son sus necesidades?.

En cuanto a necesidades comunicacionales, podemos decir que la persona sordociega presenta graves problemas de comunicación y

comprensión de lo que sucede a su alrededor, percibiendo al mundo de forma distorsionada, presentando dificultad para comunicarse con su entorno y manifiestan dificultades para anticipar sucesos futuros o el resultado de sus acciones.

Con relación a necesidades físicas, la persona con sordoceguera se ve limitado a un espacio reducido, manifestando un nivel de desarrollo psicomotriz diferente, teniendo percepciones distintas de las sensaciones táctiles. Además expresa escasas respuestas propioceptivas, amén de una distorsión de la información visual y auditiva que recibe, y necesitando para ello de aparatos de soporte o adaptados a sus requerimientos físicos. Si lo relacionamos con el entorno ambiental, la sordoceguera demanda un ambiente adaptado a sus necesidades, lo cual quiere decir que en su relación se expresa una inseguridad para desenvolverse en el contexto social, y una necesidad de contraste de color, textura e información del espacio social.

Si atendemos a necesidades cognitivas, la persona con sordoceguera puede ser privado de las motivaciones extrínsecas básicas, desarrollando sus propios estilos de aprendizaje para compensar sus múltiples necesidades. Siguiendo esta línea, muestra lentitud en su desarrollo integral y necesidad de comprobar una y otra vez por mucho tiempo, además de poca discriminación entre ellos y el ambiente.

Desde el punto de vista de las habilidades sociales, la sordoceguera presenta conductas retadoras producto de la incomunicación, originando un mundo caótico a su alrededor y una dificultad para interactuar con las personas (necesidad para aprender o realizar las necesidades básicas elementales como: comer, ir al baño, vestirse, dormir). Su integración se realiza generalmente en colectivos de personas sordas.

Cuando vemos a una persona sordociega, observaremos que manifiestan conductas retadoras producto de la situación de incomunicación, teniendo como consecuencias el desarrollo de una pasividad creciente, una acentuada auto-estimulación, una falta de iniciativa a la proximidad, exploración, interacción y comunicación social y repetidos patrones estereotipados de comportamiento.

La familia, ante la realidad de la sordoceguera, presenta cambios en su estilo de vida, adaptando las actividades a realizar. Existe un descontrol de horarios y rutina familiar y una falta de respuestas de los

profesionales y médicos en torno a la situación social de las personas sordociegas.

La clave de la educación es la COMUNICACIÓN estableciendo una vía eficaz para la misma a través del sentido del tacto, el aprovechamiento del resto visual y auditivo, la utilización del sistema de comunicación adecuado, incluyendo la comunicación alternativa. Es fundamental, por ello, un dominio y coherencia del eje central que es la comunicación por parte de todos los profesionales y la familia.

2.1.3. La discapacidad motórica (física)

El desarrollo tecnológico viene aportando grandes posibilidades para la mejora de la calidad de vida de las personas con discapacidad. Las nuevas tecnologías aplicadas al campo de la integración educativa de niños con discapacidad física tratan de facilitar la educación y comunicación y eliminar las barreras arquitectónicas y urbanísticas existentes. Su principal finalidad es la de potenciar el rendimiento y la autonomía de estos niños a través de la corrección o aminoración de sus limitaciones.

En este campo de la discapacidad física estos avances tecnológicos han sido muy importantes y han repercutido favorablemente en la adaptación e integración escolar. Desde la adaptación funcional de útiles y materiales escolares, la comunicación asistida por ordenador, los medios de transporte adaptados, hasta las sillas de ruedas especiales que permiten trabajar en distintas posiciones. La electrónica, la robótica y la informática han puesto todas sus posibilidades al servicio de estos niños, especialmente para aquellos que presentan graves limitaciones físicas. Ahora bien, pese a estos adelantos aún es mucho el camino que queda por recorrer.

Por un lado, existen serias limitaciones en la adaptación de algunas de estas ayudas técnicas: ausencia de evaluaciones previas a su implantación, falta de información a los padres y profesores acerca de sus características, personal técnico no adecuadamente entrenado y ausencia de control y seguimiento del efecto rehabilitador de las mismas. Por otro, son múltiples las barreras arquitectónicas, tanto

urbanísticas como de edificación y de transporte, que impiden el libre acceso a la comunidad eclesial de personas con discapacidad física. Una de las primeras barreras con las que estos niños se encuentran es la dificultad para acceder al propio centro, bien por la ausencia de transporte adaptado, por la presencia de rampas insalvables o por el diseño inadecuado de las puertas de entrada al edificio.

Una vez que el niño ha podido acceder al espacio otro de los problemas estriba en cómo poder desplazarse libremente a través de las distintas estancias y poder acceder a los sitios de ocio y recreo. Es decir, la accesibilidad dentro del centro. Por desgracia no siempre disponen de ascensores, elevadores, espacios que permitan una amplitud de maniobra, pisos antideslizantes, etc. La solución no estriba en hacer accesible la planta baja del edificio. Esta solución por la que se opta con demasiada frecuencia no facilita la integración del niño desde el punto de vista de su formación académica (en ocasiones la biblioteca o sala de medios audiovisuales se encuentran en los pisos superiores) ni desde la perspectiva de su desarrollo personal y social (no puede ser independiente para dirigirse o acceder a los sitios que desea, ni para jugar o interactuar libremente con sus compañeros). Por último, otra cuestión esencial a resolver es cómo va a permanecer esta persona en el desarrollo de las actividades clase, es decir, la accesibilidad en el aula. La adaptación del mobiliario y la utilización de dispositivos y ayudas técnicas que faciliten el aprendizaje y el desarrollo de las tareas escolares son requisitos necesarios y, en muchos casos imprescindibles, para el logro de los objetivos de participación real.

2.1.4. Enfermedad mental

El significado de la palabra locura, por su rica complejidad, tiene algo de negativo, de aislamiento; cuando las personas se afanan en construir una definición de la locura empiezan por perderse en el concepto y se rinden por fin a la impotencia de quien no encuentra las palabras. De ahí que loco y locura sean palabras revestidas del miedo que nos inspira lo que no comprendemos.

Conforme la psicología y la psiquiatría han delimitado y descrito los síntomas de las enfermedades mentales, éstos se han convertido en

aprehensibles, reconocibles para el ser humano. Los delirios y alucinaciones que antes no encontraban explicación, salvo en lo mágico y sobrenatural, ahora pertenecen al campo de las alteraciones bioquímicas y de las relaciones humanas. La profunda desazón del ánimo, la confusión de los sentidos, el cuerpo ilimitado, el pensamiento audible, el miedo a uno mismo y al infierno de los otros, el desafecto del corazón, la extravagancia de la conducta, son ahora características de un colectivo social que lucha por participar en la sociedad.

Esquizofrenia, paranoia, etcétera, son palabras de un campo semántico científico que arrebató definitivamente al enfermo mental de la locura, y dejó confinada a ésta a un uso enfático, mítico, cultural y moral. La locura no existe, y, sin embargo, es el origen de la ignorancia y del prejuicio hacia unos enfermos mentales que nada tienen que ver con ella.

Los avances de los psicofármacos y los nuevos programas de terapia psicosocial y laboral consiguen cada vez con mayor eficacia que la persona con enfermedad mental pueda desenvolverse de forma normalizada y reintegrarse en la sociedad. Ya hablamos de un número cada vez mayor de sujetos que son personas capaces de desarrollar voliciones, asumir responsabilidades y establecer juicios sobre sí mismos y sobre lo que los rodea.

2.2. El compromiso de Jesús ante la debilidad y la marginación

Si hay algo que llame realmente la atención es que la actividad tautomática de Jesús va dirigida fundamentalmente a los excluidos del sistema (Saraiva, 2003) con la finalidad de integrarlos, de hacerles partícipes, de nuevo en la sociedad. Jesús no quiere excluidos del pueblo ni pueblos excluidos. Este Jesús, que sana, expulsa demonios y da de comer a la multitud, es el mismo que llega a la barca de los discípulos andando sobre el mar, y que atiende a todos por igual, donde la palabra marginación quedará borrada definitivamente del vocabulario de las relaciones humanas.

El compromiso de Jesús hacia los excluidos es diverso en cada caso; el tratamiento que tiene hacia cada uno de ellos es personalizado:

toma la iniciativa y se acerca a *la suegra de Simón*, la coge de la mano y la levanta (1,29-31); al ver al *leproso*, se conmueve o se revela contra el sistema que, en nombre de Dios, margina a la gente, y lo toca, violando la ley del Levítico (14,1-32) sobre lo puro y lo impuro (1,39-45). Al *sordo tartamudo* lo toma aparte, separándolo de la multitud, le mete los dedos en los oídos y con su saliva le toca la lengua, y levantando la mirada al cielo suspira y le dice: *Effatá* (esto es, ábrete)" (7,31-37). Para curar al *ciego de Betsaida*, Jesús lo coge de la mano y lo conduce también fuera de la aldea, llevándolo progresivamente a la luz, hasta que vea del todo: "Veo a los hombres, porque percibo como árboles, aunque andan. Luego le aplicó otra vez las manos en los ojos y vio del todo"; a éste, le prohíbe terminantemente volver a la aldea (Mc 8,22a-26). Al *ciego de Betsaida* lo manda llamar y le pregunta: "¿Qué quieres que haga por ti?", accediendo a su petición de recobrar la vista (10,46b-22). A la *hemorroisa*, que le arrebató la curación tocándolo, Jesús le dice: "Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y sigue sana de tu tormento" (Mc 5,24b-34). Al ver la fe de los portadores del *paralítico*, imagen de la humanidad pecadora, le perdona los pecados, antes de curarlo de su enfermedad (2,1-12). Al *hombre del brazo atrofiado* lo coloca en medio de la sinagoga en claro gesto de desafío a los fariseos presentes que lo asedian para ver si lo cura en sábado y tener de qué acusarlo; ante su silencio, Jesús cura al hombre (3,1-7a). A los *demonios* y al *viento-mar* -imagen de la ideología de la sinagoga de la que están imbuidos sus discípulos- Jesús los increpa y los expulsa liberando a los pacientes de la opresión-ideología del mal (1,21b-28; 5,1-20; 7,24-30; 9,14-29). A la *hija de Jairo* le devuelve a la vida y a sus padres, y les manda que no se lo digan a nadie y que le den de comer (5,21-24a.35-6,1^a); a la *multitud* le da dos veces de comer, -una en territorio judío; otra en territorio pagano- en un gesto que hace visible el amor universal de Dios (6,33-45; 8,1-8).

En cada momento y con cada persona excluida Jesús adopta la actitud adecuada para entrar en contacto con él y sacarlo de su particular tipo de marginación (Bestard, 2003). En algunas situaciones es expresamente la fe en Jesús la que hace posible la curación, fe que se pone aún más de relieve cuando se da entre paganos. Son los casos del *paralítico* al que Jesús cura al ver la fe de sus portadores (2,1-12), o el

de la *hemorroísa-impura* que toca a Jesús para liberarse de su enfermedad (5,24b-34), o el del *ciego Bartimeo* que grita al paso de Jesús y que, cuando Jesús lo manda llamar, tira a un lado el manto, se pone de pie y se le acerca, recuperando la vista (10,46b-52). Es la fe-adhesión a Jesús la que hace posible la curación. "Tu fe te ha salvado", dice Jesús a los pacientes, constatando que es la fe la que hace posible la salvación total.

Magnífica pedagogía de Jesús que hace de los marginados el centro de su acción pastoral (Secretariado Nacional de Catequesis, 1995), que no distingue entre tiempo sagrado y profano, ni entre puro e impuro, ni entre judíos y paganos, librando al hombre de los males que le aquejan y que lo hunden en la marginación y en la muerte. Es el hombre que sufre enfermedades o adversidades -y no Dios- el centro de atención de este Jesús, que se compadece del pueblo porque abandonados a su propia desgracia y marginación (Royo, 1963). Y en esto consiste no sólo una parcela accidental de su misión, sino el núcleo mismo de su acción evangelizadora.

2.3. La Iglesia como espacio de crecimiento personal y comunitario

Antes de proceder a mostrar o sugerir qué puede hacer la Iglesia para animar a las personas con discapacidad en los valores de la libertad, la justicia y la solidaridad, a ejemplo de Jesús, queremos compartir algunas convicciones sobre la comunidad eclesial como espacio de crecimiento y maduración en la discapacidad.

En primer lugar, nos parece evidente que la Iglesia y la sociedad han cambiado mucho (Saraiva, 2003), y esto resulta determinante tanto para clarificar lo que entendemos por "catequesis a personas con discapacidad" como para descubrir la capacidad que puede tener la comunidad eclesial (parroquia, escuela, familia, etc.) para constituirse en escuela para la vida. En concreto, hemos pasado, de entender la Iglesia como mecanismo de integración en una realidad dada -la de Dios-, a considerarla un proceso de experimentación personal y comunitaria que desarrolla las capacidades y las habilidades necesarias para comprometerse en el mundo. No se trata de que los

adultos ofrezcan a los niños y jóvenes con discapacidad el plano detallado de lo que la sociedad es, sino que les eduquen en los valores del esfuerzo y la superación personal, para que afronten la aventura de la vida con criterios básicos que ayuden a orientarse con estímulos, valores y propuestas dentro de la sociedad. Las imágenes del mundo interactivo, del reciclaje y de la formación permanente resultan adecuadas para comprender la actividad educativa de la Iglesia en el mundo de hoy.

En segundo término, parece imprescindible reconocer que las sociedades cambiantes y pluralistas necesitan más y no menos presencia en red de la comunidad eclesial (Saraiva, 2003), si no quiere que las personas caigan en la desorientación, la anomía, el relativismo o el escepticismo. Como es sabido, la Iglesia madre y maestra; es decir, ayuda a sacar lo mejor de uno mismo y orienta en el crecimiento personal y social. Ambas cosas son absolutamente necesarias en la actualidad, y ello requiere una sabia combinación de exigencia y respeto; de establecimiento de límites y entrenamiento de la libertad; de estímulos y de paciente espera; de experiencias vitales potencialmente enriquecedoras y del aprendizaje significativo que otorgan las experiencias de esfuerzo y de fracaso. Tales experiencias, desde la discapacidad, han de realizarse en un entorno de diálogo, respeto y reciprocidad, de comunicación y apertura a la vida.

Además, siguiendo a Freire (1999), nadie educa a nadie, sino que todos nos educamos mutuamente, esto es cada vez más cierto en la Iglesia. Aunque los adultos tienen, sin lugar a dudas, un recorrido experiencial y una formación teórica mayor que la de las personas con discapacidad, no es menos cierto que nuestro mundo se modifica de continuo, por lo que nos vemos obligados a hacer y rehacer nuestra implicación en la comunidad eclesial. En esta tarea permanente, el diálogo entre todos los miembros de la Iglesia y la aportación esencial y necesaria de la perspectiva de la discapacidad resultan de una enorme riqueza.

3. La respuesta desde la Iglesia a las necesidades de las personas con discapacidad

La persona con discapacidad, creada a imagen de Dios, lugar de la manifestación de su amor y testigo cualificado de humanidad, es responsable, en modo directo, de su propia historia y de su vida, como cualquier otra persona. Jesús llama a todos a abrirse al don de la comunión con Dios y con los hermanos/as en la fe, a compartir con los demás los dones que el Señor da a cada uno (cf. 1 Cor 1,5-7; 7,7; 14; Rm 12,6-8; Ef 4,7-16). Por ello, también *las personas con discapacidad reciben del Señor la misma llamada a vivir el discipulado en modo responsable y activo, y a enriquecer al pueblo de Dios con los dones que el Señor les confía, para hacer que su Esposa resplandezca* (cf. Ef 5,27).

Las personas con discapacidad dan los impulsos más fuertes y ofrecen grandes recursos morales y espirituales para construir un mundo según el plan de Dios. Ellas ofrecen una contribución de esperanza y de amor a la historia humana. Revelan al hombre lo que es el hombre: la persona vale más por lo que es que por lo que tiene o sabe hacer (GS 35), especialmente en una sociedad en donde lo que cuenta es la belleza física, la afirmación de sí mismo, la búsqueda del poder y de la primacía sobre los demás. Muestran el carácter de ser humano, que es común a todos, y la dependencia de la misma con Dios, su confianza y dependencia de los demás; y confirman que esta unión es fuente de vida.

En este sentido, *"... la justa y noble espera de nuestros hermanos es la siguiente: la integración equilibrada pero efectiva en la trama de la convivencia civil, para sentirse en ella miembros con pleno título. No consideremos la discapacidad como un hecho dramático e innatural, sino más bien como una condición de debilidad que se traduce para la sociedad cristiana y civil en una prueba de su nivel de fe y de humanidad... Son... siempre personas que aspiran a la propia y plena valorización... Es necesario reconocer con los hechos que la persona con discapacidad es plenamente sujeto humano con derechos sagrados e inviolables; se le debe facilitar la participación en la vida de la sociedad en todas las dimensiones asequibles; pues la cualidad de una sociedad se mide por el respeto que manifiesta hacia los más débiles de sus miembros"* (Secretariado Nacional de Catequesis, 1995).

El derecho a conocer a Dios en Jesús (Saraiva, 2003) y a vivir la plenitud de su amor en el Espíritu, es parte integrante de la dignidad de

la persona con discapacidad. Cuando este derecho es respetado y promovido, lleva a la persona misma a abrirse a los valores más altos, que la realizan efectivamente hasta la trascendencia, con el don total y oblativo de sí a los demás y a Dios, llegando a la plena madurez de la persona en cuanto imagen de Cristo.

Las personas con discapacidad no constituyen una excepción a los derechos y obligaciones de la participación en las actividades de la Iglesia (Secretariado Nacional de Catequesis, 1995), sobre todo en los sacramentos de iniciación cristiana. En caso de discapacidad mental seria y profunda, la persona es llamada a compartir la fe a través del testimonio de amor dado a los demás. Por ello, "*... uno de los objetivos fundamentales de esta renovada e intensificada acción pastoral -que no puede dejar de implicar coordinadamente a todos los componentes de la comunidad eclesial- es considerar al enfermo, al minusválido, al que sufre, no simplemente como término del amor y del servicio de la Iglesia, sino más bien como sujeto activo y responsable de la obra de evangelización y de salvación*"(B.A.C., 1999).

Ellos no sólo son destinatarios del anuncio del Evangelio, sino que a su vez lo anuncian con la propia vida y misión, y participan así en la construcción del Reino de Dios (Instituto diocesano del Profesorado, 1992). Su discapacidad, desde la opción por los pobres de Jesús, los hace misioneros en modo inmediato, intuitivo y no reflejo de los verdaderos valores de la humanidad: la confianza, la solidaridad, la diaconía, la interdependencia, la inmediatez, la hermandad, el compartir, el escuchar, la aceptación, la alegría, el amor.

Las capacidades de sus corazones y el servicio de caridad que pueden prestar, facilitan la ruptura de las barreras del miedo; sus vidas vulnerables y su inocencia ayudan a crear lugares donde reina la justicia social y la acogida. Y allí donde no existen, según algunos parámetros de comprensión, signos de respuesta, es la fe de la Iglesia, de los padres y de los demás la que sufre.

Hay que recordar siempre que la oración de las personas con discapacidad, especialmente con retraso mental, tiene una fuerza particular. El Señor no dirá jamás que no a esta oración, porque un padre no puede olvidar a sus hijos más buenos y faltos de felicidad (cf. Sant 5,16).

Tanto en el perdonar y en el darse cuenta de que los otros, indistintamente, son algo precioso y tienen algo precioso para dar, como en la fiesta, el poder expresar la novedad, la creatividad, la posibilidad de relacionarse con los demás, y el compartir distintas maneras de estar juntos, de caminar y de construir, dan sentido a la vida de la discapacidad.

La respuesta de la Iglesia a las personas con discapacidad se focaliza en que "... abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren ..., se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo" (LG 8).

3.1. La catequesis: la vida de Jesús en la persona con discapacidad

El amor del Padre hacia sus hijos más débiles y la continua presencia de Jesús con su Espíritu, dan fe de que toda persona, por limitada que sea, es capaz comunicarse con Dios. La educación de la fe, que corresponde ante todo a la familia, requiere itinerarios adecuados y personalizados. Por otra parte, se debe evitar el riesgo de que esta catequesis acabe situándose al margen de la pastoral comunitaria.

La garantía de que se actúa acertadamente cuando se catequiza en estos ámbitos no fáciles nos viene de la palabra de Jesús, quien reconoce como hecho a sí mismo el bien que se hace a "estos pequeños hermanos". Signos permanentes de la vitalidad de la catequesis son la capacidad para distinguir la diversidad de situaciones de cada persona y la valoración de los encuentros personales.

3.1.1. Objetivos

Los niños y jóvenes con discapacidad se caracterizan, entre otras cosas, porque en su proceso de aprendizaje demuestran mayor dificultad que otros niños y jóvenes de su misma edad. Esas diferencias se evidencian en las peculiaridades físicas y mentales, en la conducta emocional, en las habilidades sensoriales o de comunicación, y son ellas las que dificultan, y en algunos casos no permiten, acceder a los procesos habituales de enseñanza, haciéndose necesario recurrir a una

modalidad especial de educación, adecuándola a esas características particulares mencionadas.

Las limitaciones que puedan tener las personas con discapacidad no debe ser motivo para que se les niegue el derecho a recibir el anuncio del Evangelio, ya que en muchos casos poseen una sensibilidad religiosa mayor a la habitual.

El objetivo de la catequesis a personas con discapacidad es cumplir realmente con la premisa de una "iglesia misionera" intentando llegar con la evangelización a todos sus miembros. Es también permitir a cada uno de los que a ella acceden, la posibilidad de vivir el espíritu de las Bienaventuranzas y la alegría de conocer a Dios.

La catequesis a personas con discapacidad, al mismo tiempo pretende poner atención en cada niño y cada joven, para que al entender sus problemas específicos, se pueda lograr que se acepten a si mismos, y a más largo plazo, se familiaricen con la resolución de problemas entre niños y jóvenes de la misma edad y características, como así también con el logro de objetivos colectivos que les permita, progresivamente, influir en su comportamiento e integrarse a la sociedad. Esta socialización también se logrará a través de un proceso que les ayuda a distinguir, dependiendo de la dificultad de cada uno, entre las cosas y actitudes aceptables, de aquellas que no lo son.

La catequesis en la discapacidad atiende las necesidades de cada niño o joven con discapacidad, y debe buscar los métodos necesarios y apropiados a fin de poder comunicarse con cada uno de ellos de la manera más eficaz posible. Para ello se utilizarán técnicas y recursos atrayentes y apropiados como expresión musical, dramatizaciones, tareas manuales, expresión gráfica y simbólica, cuentos, relatos y vivencias, a fin de que en cada encuentro se puedan transmitir valores.

3.1.2. Contenidos

Actualmente los principios psicopedagógicos fundamentales en la educación en la fe de niños y jóvenes con discapacidad, aconsejan partir de lo esencial y volver siempre a lo esencial, para fijar profundamente la realidad de Dios.

Lo esencial es que Dios es Amor, que nos regala los dones de la naturaleza, y nos anima a ser amigos de Jesús. Esta amistad es fuente de aprendizaje de una serie de valores como la solidaridad, el perdón, el amor, etc. Para desarrollar la catequesis -sobre todo, en sus primeros momentos- bajo estas ideas, se puede dividir la misma en cuatro grandes contenidos:

En primer lugar, "mi persona": lo más cercano que tiene el niño es su propio yo y nada le es más familiar que su persona y su cuerpo, conformado por diversas partes, todas útiles y necesarias. Ellas funcionan mediante la armonía y la complementación, es decir mediante el "amor" y "solidaridad" que existe entre esas partes.

En segundo lugar, "mi familia": pasando a lo externo, la familia es lo más cercano. De forma similar al cuerpo, la familia tiene diferentes componentes, todos útiles y necesarios y funciona gracias a la armonía y solidaridad. Sólo así es posible una verdadera familia.

En tercer término, "mis amigos": saliendo a un círculo más amplio, el niño o joven se relaciona con los amigos, que pertenecen a otras familias. La reunión de todas ellas conforma la sociedad o la comunidad. También la comunidad, regida por el amor y la solidaridad permite el desarrollo de la persona y la familia.

Y, por último, "mi mundo": yo, mi familia y mis amigos vivimos en un mundo constituido por seres animales, vegetales y minerales. Este mundo también subsiste basado en leyes de amor y solidaridad.

En el desarrollo de las sesiones-encuentros que abarquen estos temas se intenta que los niños comprendan y vivencien el amor incondicional de Jesús, que nos enseña que la verdadera felicidad se logra compartiendo con nuestros hermanos los dones recibidos.

3.2. El proceso catequético en la discapacidad

Los criterios generales de una atención catequética a la persona con discapacidad se basan en el compromiso de la promoción del ser humano, atendiendo simultáneamente a su desarrollo evolutivo y social (Bronfenbrenner, 1979). Al mismo tiempo que catequizamos en las personas con discapacidad anunciamos en Jesús la autodetermina-

ción de una serie de valores evangélicos. Y en este aspecto, el mundo interior de las personas con discapacidad, sean cuales sean, nos muestran la grandeza de Dios en ellos y nos alientan a seguir trabajando en ellos. Por ello, hay que tener en cuenta una serie de aspectos: en primer lugar, destacar la primacía del corazón sobre la técnica, sin que por ello se excluyan. Más bien se integran siempre que la técnica vaya en la línea del respeto absoluto de la integridad de cada persona. En la actualidad se dan situaciones tecnicistas y eficientistas que matan en cierta medida la relación humana y la misma calidad de vida que aquéllas proclaman.

En segundo lugar, en el momento de realizar proyectos de pastoral catequética es el contexto social en que se vive el sujeto con discapacidad un componente fundamental. Hay que tener en cuenta las necesidades y las expectativas reales. El motivo que envuelve todo esto sigue siendo la primacía de las personas a las que los proyectos van dirigidos. En el mundo de las personas con discapacidad, esta faceta de realismo respetuoso ha de cuidarse de forma especial, sabiendo valorar todo aquello que cada persona está en disposición de dar y aprender, lejos de proyectar lo inalcanzable y dejar de luchar por lo posible.

El encanto de lo cotidiano que es capaz de valorar los detalles pequeños que se escapan a lo largo del día en la convivencia entre las personas que integran la comunidad eclesial. No nos queremos quedar sólo con los grandes momentos que, sin duda alguna son siempre extraordinarios, sino apreciar y hacer notar esas pequeñas cosas a veces imperceptibles y que encierran vida. Así, incluso en los momentos de dolor o de tristeza, ayudando a aceptarlos y a transformarlos en ocasiones de crecimiento.

Si queremos que cada persona goce de los derechos que le corresponden y al mismo tiempo de las obligaciones que son necesarias; si queremos que la sociedad dé lo que corresponde a las personas más débiles, hemos de trabajar en la sensibilización de todos los ámbitos sociales para que esto sea posible.

Por último, se debe ofrecer colaboración con la familia y el entorno social. Nuestra actividad catequética no pretende en ningún modo sustituir al papel que deben desempeñar tanto la familia de origen como la escuela. Queremos trabajar juntos y, juntos, buscar soluciones satisfac-

torias a las situaciones-problema que se presentan. Debemos hacer nuestro todos los proyectos sociales que vayan en favor de las personas con discapacidad y, al mismo tiempo, ofrecer alternativas catequéticas desde la comunidad eclesial que hagan posible el desarrollo armónico de cada una de las personas con las que compartimos la vida.

En cuanto a las líneas de acción catequéticas ésta ha de partir de la globalidad del sujeto, entendida como atención constante a todas las dimensiones de la persona así como a todas las etapas de su existencia; del respeto a la individualidad, teniendo como base una metodología adaptada a las necesidades de la discapacidad. Se dan unos planes catequéticos individualizados de tal forma que se tienen en cuenta las características personales de cada uno: su historia, sus vivencias, su situación actual, su ambiente social así como sus aspiraciones, aptitudes y capacidades; de la continuidad en el acto catequético, que nos comprometen a respetar los ritmos y a valorar los pasos de cada uno en una progresión constante y gradual. Al mismo tiempo nos comprometemos a respetar el camino ya andado y a continuarlo, superando la tentación de empezar desde cero sin tener en cuenta la tarea hecha antes por otros. De esta forma, los objetivos que individualmente se marcan respetan el proceso de cada uno y al mismo tiempo miran a su futuro real y posible lejos de extrañas expectativas y pretensiones que, más que ayudar, no los respeta en su integridad.

Es fundamental una formación en los valores y en los hábitos. Son piezas fundamentales a la hora de fomentar una comunidad humana justa y solidaria. Dirigidos a alcanzar la libertad y la autonomía en la vida cotidiana, personal y social. Por todo ello nuestra labor catequética, al mismo tiempo que transmitir estas bases sociales, ha de ayudar a interiorizarlas y hacerlas propias siempre teniendo en cuenta el principio del respeto a la individualidad.

Por todo ello, es necesario una prioridad de la experiencia vital sobre la teoría. Sin querer menospreciar el aspecto teórico que toda catequesis debe tener y del que hacemos uso, creemos que a la hora de transmitir conocimientos de cualquier tipo es desde el lado experiencial desde donde se puede conseguir una mayor interiorización. Por eso damos mayor importancia al lado experiencial - vital a la hora de programar, actuar y evaluar.

Y al mismo tiempo que se trabajan los aspectos individuales de crecimiento, valoramos la experiencia de grupo en el proceso de vida de cada uno. En el grupo se dan las componentes de socialización que todos estamos llamados a desarrollar. Lejos de convertir al grupo en un mero contenedor de personas, es el mundo relacional donde todos y cada uno crecen, se conocen, se valoran, se corrigen, reforzando a sus miembros más frágiles y estimulando nuevos aprendizajes.

Siguiendo esta línea de actuación catequética, en todo acto catequético a personas con discapacidad es necesario tener en cuenta tres momentos, ejemplificándose en el siguiente esquema:

Primer momento: preparación

- El tema a elegir debe ser claro, y expresado con claridad,
- El modo de comunicación será a través de frases sencillas y breves.
- La presentación de la idea será apoyada a través de otros registros visuales (dibujo, colores, película, mimo, etc.)
- Se situará la idea en el contexto vivencial del sujeto.
- Se preparará actividades variadas y que respondan a los intereses del sujeto con discapacidad.
- Transmitir a la familia las ideas a trabajar con los niños y/o jóvenes con discapacidad.

Segundo momento: acto catequético

- Recibir a las personas con discapacidad con calma, serenidad, alegría (mostrándoles con gestos que estamos en un ambiente de cercanía y comprensión).
- Dar tiempo al ajuste ambiental, es decir, que los chicos se adapten de forma natural, y nada precipitada, a cada una de las tareas preparadas anteriormente.
- Realizar una charla previa, al objeto de conocer su situación actual, sus intereses, sus motivaciones, etc.

- Crear un clima apacible y cálido, en el que se note la presencia acogedora del catequista, y nombrarlo frecuentemente por su nombre (sería interesante poner fotos de cada uno de los catequizandos).
- Apoyar la comunicación oral con signos visuales (dibujos, fotos, objetos, etc.).
- Estimular con recursos sencillos como una expresión corporal, una experiencia vital, una canción o un baile, etc.).
- Realizar actividades en pequeños grupos, que puedan ser adaptadas a cada niño.
- Reforzar los contenidos transmitidos mediante la repetición de palabras, la contemplación de estímulos visuales, o utilización de dinámicas grupales variadas.
- Finalizar, a modo de celebración, con una actividad que impresione a los niños gratamente, suscitando el deseo de volver a retomar la catequesis.

Tercer momento: evaluación

- Reflexionar acerca del acto catequético en sí: lo que ha comprendido, lo que ha olvidado, los intereses suscitados, etc.
- Analizar las situaciones manifestadas en la sesión catequética.
- Proponer mejoras para una próxima sesión de catequesis.
- Tomar, partiendo de la reflexión, el punto de partida para la próxima reunión.

La metodología catequética es dinámica, activa y participativa. Todas las personas que intervienen en el acto catequético de cualquier comunidad eclesial tienen un papel de protagonismo. Cada persona es protagonista de su vida y al mismo tiempo protagonista de la vida de aquellos con los que convive. Las actividades se reparten entre el grupo de personas con discapacidad, siendo cada uno de ellos responsable de su trabajo en vistas al bien común. Con ello, se debe poten-

ciar el clima de familia de tal forma que el crecimiento emocional y afectivo pueda desarrollarse de forma positiva.

3.3. La catequesis de personas con discapacidad y los espacios eclesiales: el papel de la familia

Crear es adoptar una forma de vivir; y como a vivir se aprende en los primeros años (Allen-Meares y Lane, 1990) y en la familia, es ahí donde la persona vive la primera comunidad creyente. En ella se transmite a los hijos con discapacidad que Dios está con ellos, en la alegría, en el dolor, en los éxitos y en los fracasos. Se les contagia la capacidad de encontrarlo en soledad y entre la multitud y se les impulsa a comprometerse en facilitar la vida a los otros y en construir el espacio familiar (Berlin, 1990), ese estilo de vida en el que todos seamos felices.

En la familia es donde se adquiere el hábito de los pequeños gestos de amor y de ternura, los sacrificios que benefician a la persona con discapacidad, la generosidades y el compartir. También en la vida familiar se aprende a cuidar, ya desde muy niño, a reír, a trabajar y a descansar. Tienen que saber los niños con discapacidad que Dios es un impulso que nos lanza hacia los demás y nos convierte en un regalo.

La base de la familia es el amor; se vive en familia para ayudar a que todos cumplan, a que cada uno sea él mismo y pueda cubrir sus necesidades básicas (Derrida, 1978), sobre todo aquellas que subyacen de la discapacidad. Cuando todos tienen cubiertas sus necesidades de autonomía, de comunicación y de comprensión-expresión, hay que ocuparse también de otras necesidades no menos importantes en la vida de la discapacidad (Álvarez y Del Río, 1990; Del Río y Álvarez, 1992):

Amar y ser amado. Que el niño y joven con discapacidad se sienta querido y aprenda a manifestar cariño a los demás. Además, la comunicación con Dios es una historia afectiva que, cuando se expresa y se celebra, alegra el corazón y dinamiza la vida de la familia. Hablar con las personas con discapacidad de Jesús de Nazaret les da seguridad; rezar por otras personas les contagia fraternidad; compartir les enseña solidaridad y justicia; acostarles explicándoles que Jesús está en ellos y

les envuelve con su amor les tranquiliza de todos sus miedos y les alegra el corazón, al sentirse personas con capacidades para hacer tareas y actividades. Dar gracias a Dios por ellos aumenta su autoestima y seguridad para la vida. Saberse amados por Dios les ayuda a gozar de todos los regalos que la naturaleza nos ofrece.

Ser válidos. Valorar unos y otros el trabajo de los demás, incluso en el esfuerzo que las personas con discapacidad realizan por encontrar su autonomía social dentro del contexto en el que viven. Agradecer los detalles, expresarlo con frecuencia y, desde temprana edad, enseñarles que todos somos valiosos en la vida familiar. Un niño con sordera transmitirá la riqueza del silencio, el lenguaje de los gestos, ... ; una persona con ceguera aportará la propia cadencia de los sonidos, la armonía de una comunicación percibida a través de los oídos, ...; las personas con retraso mental expresarán con sencillez de miras un mundo difícilmente entendido por todos; etc,... Todos aportamos algo, sea material, afectivo, relacional, ... Cada cual tiene su papel en el engranaje de la familia, y en el caso de la discapacidad hay que explicitarlo todavía más para que unos y otros, en las diferentes situaciones vivenciales que se comparten en el hogar, saquen lo mejor de sí mismos para aportar a la vida familiar y, desde allí, al mundo exterior. La vida familiar es una fuente de seguridad y autoestima o puede llegar a ser todo lo contrario, si no se valora lo que cada uno es en sí mismo y aporta al común. Muchos compromisos sociales familiares han llegado a los hijos con discapacidad a los que el Evangelio ha impulsado a comprometerse. Eso hace sentirse válidos a unos y a otros, al vivir el esfuerzo y la superación solidaria en cada uno de los miembros de la familia para con el hijo con discapacidad.

Ser autónomos. El valor de la autonomía, es decir, el que la familia promueva la independencia de sus miembros, es una cualidad importante que se hace extensible a aquellos que presentan una discapacidad. Somos seres en relación (Freire, 1999), hemos nacido para el encuentro; pero también cada cual es un ser único e irrepetible, que la familia tiene que potenciar. Si hablamos de que una persona con retraso mental tiene interés por las diferentes gamas del color rojo, los

miembros de la familia deben estimular actividades que realcen la presencia del mencionado color, y no otro. En este sentido, la familia debe impulsar la diferencia y vivirla como enriquecimiento. Cada uno nace con unas cualidades, con unas determinadas necesidades, con unos carismas que lo define. La familia ayudará a que ese miembro, especialmente si tiene una discapacidad, crezca y se desarrolle. Es más, contribuirá a que viva su propio proceso vital y espiritual, que no tiene por qué ser igual a la de los demás.

Pertenecer. Las personas con discapacidad necesitan sentir que pertenecen a una familia, que son parte de su vida. Pero también la vida familiar les ayuda a pertenecer a grupos que se relacionan con otras personas, posibilitando el desarrollo de habilidades sociales. La pertenencia de la comunidad parroquial, al grupo de amigos, al colegio, ... les enriquecen como personas. Si un niño con discapacidad observa que la familia reza, ésta construye un entramado sutil de relación y cercanía. Cuando en la vida espiritual la familia se pide perdón, se enriquecen las relaciones y se fortalecen los vínculos. Se nos olvida el humor. El reírse juntos en la vida familiar es de las cosas que más contribuyen a que una persona con discapacidad pueda bromear con sus propios defectos y necesidades y, así, dejarse de cuestionar por los otros, sin herir susceptibilidades ni malos humores tan habituales en la discapacidad.

Y otro sentido de pertenencia fundamental de la familia con un hijo con discapacidad es que forman parte de la Iglesia, y que, además, no pueden vivir en comunión con Jesús sin sentir su presencia en la oración y el encuentro.

Aunque tengan necesidades, del tipo que sean, presentan una capacidad que está por encima de todo, la de amar. El vivir la fe con estas personas les mantiene en unos valores y en un talante solidario, comunicativo y fraterno, que les impulsa a superar las situaciones-problema aquí y ahora.

Si los padres hubieran conseguido que sus hijos con discapacidad vivieran con su fe despierta, es decir, gozando de una relación habitual con el Dios de las pequeñas cosas de la vida, podríamos decir que habrían logrado el objetivo; pero hemos de reconocer que esto no es nada fácil.

A los hijos con discapacidad intenta uno darles una buena alimentación, cada cual según sus necesidades; del mismo modo, pone interés en transmitirle hábitos de higiene y de orden, y tantas otras cosas necesarias para su mejor calidad de vida y autodeterminación. Sin embargo, de todas las cosas más importantes que unos padres pueden dar a su hijos con discapacidad, la primera y principal sería contagiarles la experiencia de Dios, viviendo sabiéndose amados por Dios.

Solo quien tiene hijos con discapacidad puede entender cuánto duele verles en su lucha diaria con esforzarse en mejorar sus condiciones de vida. La labor catequética de los primeros años creemos que es la más importante; a partir de la adolescencia sólo les sirven los hechos, más que las palabras. Hay que animar a los padres a que sepan contagiar la fe a sus hijos con discapacidad, una fe basada en pequeños detalles, y no en grandes teorías religiosas: el rezar juntos en momentos especiales o el bendecir la mesa hace que Dios sea una presencia constante en la vida familiar. El poner cuidado en que nadie comience a comer mientras no se haya dado gracias a Dios, incluso cuando un hijo con retraso mental comprende el gesto de esperar hasta agradecer a las personas por compartir mesa y mantel. También es un momento bonito que nos universaliza el corazón, pues entre unos y otros se trae a la mesa a aquellos que por diversas circunstancias presentan una discapacidad. Y lo que a uno se le olvida, o no lo comprende, se le ocurre al otro, y lo explica, ... y así la familia empuja a todos a la solidaridad, a la fraternidad, a estar al día en lo que pasa cerca y no tan cerca.

Muchos padres tienen alguna relación con asociaciones de personas con discapacidad. Es algo que "anda por casa" y crea una serie de contactos y de participación en actividades que ayuden a sus hijos a sentirse parte activa en el contexto social en que viven. Les acercan a otras realidades, les ayudan a la reflexión, y cualquier padre puede utilizar la asociación como plataforma de autoayuda y superación personal. Cuando, por ejemplo, los padres salen al campo con su hijo "discapacitado", es necesario que se sientan "invitados" a disfrutar de los dones de la naturaleza (sol, pájaros, árboles, animales, etc.) . De todas formas, cuando los hijos con discapacidad se esfuerzan en superar sus necesidades, los padres deben recordarles lo esencial de la vida.

Algo que creemos que puede despertar en los hijos con discapacidad su relación con Dios es que observen a sus padres orar y que descubran la importancia que tienen en la familia la oración. Estamos convencidos de que la fe, como las enfermedades, no las contagia el que más sabe de ellas, sino el que tiene el virus. En las cosas de Dios, no contagia la fe el que más ha estudiado, sino el que tiene experiencia de comunicación con Él. Por eso, una fuente de riqueza para el desarrollo madurativo de la discapacidad es que los padres cuenten con sus hijos, al tiempo que vivir la vida, la amistad con Dios, para que ellos la valoren, la descubran y la saboreen.

A veces los padres son demasiados pudorosos para compartir sus intimidades con sus hijos "discapacitados", pues piensan que no lo entenderían. Los padres tienen que encontrar la mejor forma de transmitir la fe a los hijos; tienen que buscar la manera de que les acerque a lo esencial de la vida. Que logren hacer suyo ese encuentro y esa forma de vivir es vital para el hijo con discapacidad. Y ser padres les hace dar vueltas y vueltas a la cabeza hasta encontrar respuestas para todo. Su ropa, su salud, su comunicación, su forma de comprender el mundo, su caminar, su aspecto, sus estudios, su ... su todo, y gastan mucho tiempo y mucha energía en multitud de asuntos, y a veces los temas de Dios lo dejan en manos de otros y no le ponen la creatividad necesaria para hacerlo apetecible y fantástico.

La Palabra de Dios ilumina los acontecimientos de la historia y nos anima a enfrentarnos a los retos que en cada tiempo y de todas las culturas surgen en el camino de la construcción del espacio social. ¿Cómo acercarnos a ella, sin manipularla, para encontrar esa luz que nos ayude a iluminar los acontecimientos y proyectos que como responsables del tiempo presente tenemos que desarrollar en la Iglesia y en la sociedad del momento presente?

El Evangelio, sabemos por la Fe, que está abierto para hacerse entender por los hombres y mujeres de todos los tiempos, y especialmente, y siempre, por los más sencillos, los humildes, los excluidos y marginados.

4. Conclusión: Hacia una consideración de la persona con discapacidad como sujeto activo en la Iglesia.

Nos corresponde, a nosotros los creyentes, realizar el esfuerzo de colocar en el contexto concreto de nuestra existencia, en todas sus dimensiones, cada una de las palabras del Evangelio, siempre actuales y vivas, para ser escuchadas y entendidas por los hombres y mujeres que se acercan a ellas, empujados por la acción del Espíritu de Jesús.

Con esta clave, y con el respeto que siempre merece la actitud de Jesús hacia los excluidos de la sociedad, no será difícil encontrar en el Nuevo Testamento la Palabra iluminadora para el desarrollo de cualquier compromiso de la Iglesia hacia las personas con discapacidad: la sensibilización de la comunidad eclesial no sólo para que se les reconozcan como sujetos activos de la evangelización sino para que posibilite, eliminando las diversas barreras sociales y culturales (comunicación, arquitectónicas, concienciación, etc), nuestra participación concreta en cada acontecimiento, en cada parroquia, en la familia, en todos y cada uno de los espacios sociales.

Siguiendo con una aproximación a algunos de los muchos textos referidos que, sin duda, son hoy referencia obligada y presente en la actualidad (con la misma fuerza transformadora con la que fue pronunciada y vivida por Jesús) dicen diversos autores que la cercanía de Jesús a los enfermos y excluidos de su tiempo es uno de los rasgos más característicos de su vida. Ignorando la misma desfiguraríamos su figura tanto que sería irreconocible. Su cercanía a los enfermos fue siempre integradora: se acerca a ellos, les rehabilita y les incorpora activamente a la comunidad. Les defiende siempre, les coloca por encima de la ley y del culto, por ellos pondrá en peligro su propio prestigio y hasta la misma integridad física de su persona, en numerosas ocasiones. Serían interminables los ejemplos de hechos concretos que nos narra el Nuevo Testamento acerca de esta actitud básica en el comportamiento y el mensaje de Jesús con los enfermos y los marginados de su tiempo: cura en sábado, les perdona los pecados con el consiguiente escándalo, toca a los leprosos haciéndose impuro...

Cuan parecido tiene estas narraciones bíblicas con algunas de las actitudes y reacciones que nos encontramos al solicitar el uso de la lengua de signos española (L.S.E.) para que las personas con sordera participen en los actos litúrgicos, la flexibilización del contenido del acto para aquellas que tienen dificultades de comprensión, o de la soli-

cidad de una rampa en la puerta de un templo: "*Total, para una vez que vienen, si en la parroquia no hay ningún minusválido, si ellos no tienen obligación de asistir a misa, que la vean por la tele, que recen en casa...*" En algún lugar hasta hemos tenido que ver desaparecer la rampa que ya existía con la excusa de que en aquella parroquia no había personas con discapacidad que fueran a misa.

La actitud de Jesús de Nazaret en la narración del Evangelio de Marcos se convierte para nosotros en punto de referencia obligada: Él no solo no se "molesta" porque los pobres se le acerquen, más bien eso es lo que desea llenar su casa, el "banquete del Reino" de los que aquí en la tierra encuentran mayores dificultades para vivir y crecer.

Cuenta el Evangelio de Lucas que en una ocasión ante la imposibilidad de acercar a un enfermo a Jesús, quienes le acompañaban se subieron al tejado, abrieron un boquete y bajaron por él al enfermo hasta colocarlo frente al Maestro (Lc. 5, 17-20.25).

Si lo tomamos como "*símbolo*" de nuestra lectura creyente de la realidad que pretendemos iluminar: la eliminación de barreras comunicativas, arquitectónicas y sociales en la comunidad eclesial, podemos afirmar lo siguiente: en primer lugar, hay que empezar por el tejado, o lo que sería lo mismo, la cabeza; o si queréis por el corazón. Es necesario creer, estar convencidos... de que nadie, por limitado que sea, puede ser excluido del encuentro personal, físico, directo... con Dios. Cualquier actitud mental, cualquier argumento, cualquier ley... que intente justificar la exclusión real y concreta de una persona, está absolutamente en contradicción por la actitud de Jesús.

En este sentido, las piedras, los muros, los tejados, si fuera necesario, han de ser demolidos, literalmente eliminados cuando se convierten en barreras que impiden la participación en la vida concreta de la comunidad, en todas y cada una de sus dimensiones: sacramental, catequética, pastoral, educativa, familiar... El resultado de esta eliminación de barreras es asombroso: el hombre o la mujer carga con su camilla (quizá a pesar de todo no pueda nunca desprenderse de ella) pero se siente realmente respetado/a, despierta a una nueva conciencia de sí, se pone en pie, participa, se integra... su corazón ha descubierto la intención de Jesús, lo agradece y lo celebra.

También el resultado de la no eliminación de barreras que impiden

la participación en la comunidad eclesial y de la demagogia que la justifica con buenas intenciones es evidente: el hombre y la mujer con necesidades especiales, frente a los obstáculos se siente minusvalorado, se humilla frente al paternalismo o se resigna frente a la falsedad de quienes afirman amar a Dios y al prójimo más que así mismos pero no concretan tan hermoso proyecto, ni ponen los medios necesarios para que él o ella, persona con discapacidad física, psíquica y/o sensorial, pueda vivir la fe desde dentro, participando integrado.

Tal como viene narrado por los Evangelios, el acontecimiento fundamental de nuestra Fe, la Resurrección de Jesús (Mt 27, 59-60.66) se convierte también en uno de los textos bíblicos que pueden iluminar nuestro compromiso por la participación de las personas con discapacidad en espacios eclesiales como la familia, la escuela, la parroquia, etc.

La gran roca colocada a la puerta del sepulcro donde colocaron el cuerpo sin vida de Jesús se convierte en un signo profético que trasladado al tema que nos ocupa adquiere una asombrosa actualidad. La enorme piedra, sellada y vigilada por la guardia judía, nos habla de "una auténtica barrera" cuya finalidad no era otra que impedir el acceso de los discípulos al cuerpo de Jesús. No resulta difícil comparar esta "roca" con las enormes barreras que, protegidas por leyes de patrimonio - justas y necesarias-, por ruidos ambientales, por argumentos insoslayables de compasión, vigiladas y restauradas..., sin pretenderlo quizá, cumplen la misma finalidad que la piedra del sepulcro: impedir el acceso a Jesús, la Iglesia, de quienes amándole no podrán acceder a Él, por sí mismos, mientras estas "escaleras" no desaparezcan.

Los aspectos de interés colectivo (cultural, litúrgica, familiar, ...), cuando se pone por encima de las personas, cuando atenta contra la dignidad de los hijos de Dios, de manera desafiante, indiferente o absurda como ocurre en la mayoría de los casos, es sencillamente un signo de nuestra oposición a la vida. Una comunidad eclesial estática, inaccesible, e infranqueable, por encima del derecho de todos a participar plenamente de la vida de la Comunidad, es sencillamente una tumba, un sepulcro que se resiste a la fuerza que está ejerciendo el Espíritu para "remover la piedra". Todos perdemos con ello. La credibilidad de la Fe que confesamos y celebramos en el interior de estos espacios de crecimiento personal baja en credibilidad y se aleja de las

exigencias socio-culturales a las que con la luz del Evangelio debemos ir dando respuesta. La evangelización de las personas con discapacidad hoy, exige comunidades abiertas a la participación, acogedoras integradoras hasta posibilitar la participación activa de los mismos en la misión de la Iglesia, común a todos los bautizados, al margen de cualquier necesidad física, psíquica o sensorial

Una parroquia, una escuela, una familia... accesible, sin barreras, abierta a todos y cada una de las personas, especialmente a los excluidos y marginados... a las personas con discapacidad ... es un auténtico signo de que el Reino de Dios va abriéndose camino, poco a poco, a través de nuestra entrega y nuestra acción participativa.

"... Y vieron que la piedra había sido retirada" (Marcos 16, 2-5)

No cabe mejor final para esta reflexión. Lo que parecía imposible, lo que los poderosos y arrogantes pensaban tener controlado, legislado y protegido; lo que las personas y colectivos sociales asumían la comodidad de lo tradicional, lo de lo caduco y de lo estable,... cambió radicalmente. Sus planes no coincidían con el proyecto de Dios. La fuerza irresistible del Espíritu había sido capaz de vencer a la muerte, y cayeron las barreras, y los discípulos pudieron ver al Señor.

Con esta actitud ha de iniciar la participación eclesial y mantenerse firme en el desarrollo de un verdadero compromiso de la diferencia como valor dentro de la Iglesia: sabemos que son enormes las dificultades, numerosas las barreras que se imponen con fuerza, y con arrogancia, pero sabemos también que la capacidad y la potencialidad sociopersonal de las personas con discapacidad coincide con el proyecto de Dios: ir posibilitando el acceso de las mismas a todos y cada uno de los rincones donde se escucha su palabra, se celebran los sacramentos, se comparte la fe y la vida.

Seguramente, en el camino que hoy iniciamos nos ocurrirá más de una vez lo que a los discípulos de Jesús, desanimados creemos que es imposible mover "tanta piedra", pero, Él, vivo entre los vivos seguirá a nuestro lado integrando a la discapacidad en la Iglesia a la que tanto ama y su Espíritu, sin duda alguna, irá derribando escalones. Conocedores de la fragilidad, ponemos nuestra esperanza en la fuerza del Espíritu, Él irá derribando escalones y barreras.

Nota:

I. Por razones de consideración en el uso de un lenguaje que respete la diversidad, lo más correcto sería llamar "*personas con capacidades diferentes*". Sin embargo, respetando el discurso de la diferencia como valor, y atendiendo a las demandas del movimiento asociativo de la discapacidad, usaremos el término "*personas con discapacidad*".

Bibliografía

ALLEN-MEARES, P. y LANE, B.A. (1990): "Social work practice: Integrating qualitative and quantitative data collection techniques". *Social Work*, nº 35, pp 452-458.

ÁLVAREZ A. y DEL RÍO, P. (1990): Escenarios educativos y actividad. Una propuesta integradora para el estudio y diseño del contexto escolar. En C. Coll, J. Palacios, y A. Marchesi (Eds), *Desarrollo psicológico y educación, II. Psicología de la Educación*. Madrid: Alianza.

ÁLVAREZ, A. (1990): Diseño cultural: Una aproximación ecológica a la educación desde el paradigma histórico-cultural. *Infancia y Aprendizaje*, 51-52, 41-77.

BERLIN, S. B. (1990): "Dichotomous and complex thinking". *Social Service Review*, nº 64, pp 46-59.

BESTARD COMAS, J. (2003): *Globalización, Tercer Mundo y Solidaridad*. Madrid: B.A.C.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS (1999): *Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Documentos pontificios complementarios*. Madrid: B.A.C.

BRONFENBRENNER, U. (1979): *The ecology of human development*. Cambridge, MA.: Harvard University Press (Trad. Cast.: La ecología del desarrollo humano. Barcelona: Piados, 1987).

COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000 (1997): *Jesucristo, salvador del mundo*. Madrid: B.A.C.

COMUNIDAD EUROPEA (2000): *Resolución del Parlamento Europeo sobre la Lengua de Signos*. Bruselas: France Press.

DEL RÍO, P. y ÁLVAREZ, A. (1992): *Sistemas de actividad y tiempo*

libre del niño en España. Informe de investigación. Madrid: Centro de Estudios del Menor.

DERRIDA, J. (1978): *Writing and difference.* Chicago: University of Chicago Press.

INSTITUTO DIOCESANO DEL PROFESORADO "MONS. MIGUEL RASPANTI" (1992): *Iglesia y personas con discapacidad.* Buenos Aires: Instituto diocesano del profesorado "Mons. Miguel Raspanti".

NÁCAR, E. y COLUNGA, A. (trads.) (2001): *Sagrada Biblia* (Ed. Popular). Madrid: B.A.C.

NÁCAR, E. y COLUNGA, A. (trads.) (2002): *Nuevo Testamento.* Madrid: B.A.C.

O.N.U. (1993): *Normas sobre la Igualdad de Oportunidades de las Personas con Discapacidad.* Nueva York: Press.

OGBU, J. (1974): *The next generation: An ethnography of education in an urban neighborhood.* Nueva York: Academic Press.

RESINES LLORENTE, L. (1997): *La catequesis en España. Historia y textos.* Madrid: B.A.C.

ROYO MARÍN, A. (1963): *Teología de la caridad.* Madrid: B.A.C.

RUIZ, M.A. Y VILLALOBOS, A. (1994): *Habilidades terapéuticas.* Madrid: Fundación Universidad-Empresa.

SARAIVA MARTINS, J. (2003): *La Iglesia en los albores del tercer milenio.* Madrid: B.A.C.

SECRETARIADO NACIONAL DE CATEQUESIS (1995): *Anunciar a los pobres la Buena Noticia. Magisterio de la Iglesia y minusvalías.* Madrid: Editorial de la Conferencia Episcopal Española.

VERDUGO, M.A. (1995): *Personas con discapacidad. Perspectivas rehabilitadoras y pedagógicas.* Madrid: Siglo XXI.

YANES VALER, A. (1999): *Guía para formar catequistas de personas sordas.* Santa Cruz de Tenerife: Pastoral del Sordo de Tenerife-Secretariado Diocesano de Catequesis.